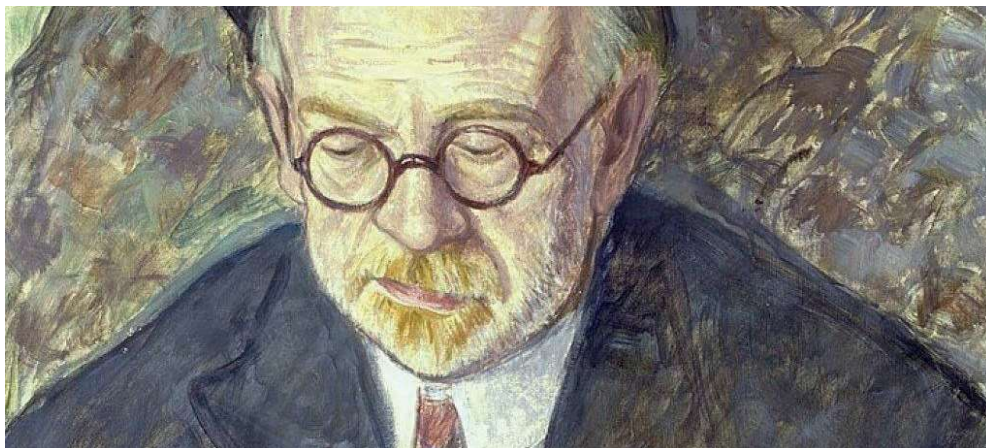

La larga sombra de Pío Baroja

SANTOS SANZ VILLANUEVA

Catedrático de Literatura y crítico de libros, doctor en Filología Románica. Ha sido docente en las universidades de Salamanca, Santiago y la Complutense. Es Premio Fastenrath y Premio Fray Luis de León, ambos de ensayo.

Pío Baroja. Foto: © Wikimedia Commons



Avance

Desde que se dio a conocer como hombre de letras, el mundo editorial no ha dejado de publicar a Pío Baroja (1872-1956), un «escritor actual» y a la vez «un escritor de actualidad en cada momento de su dilatada obra», desde la trilogía de *La lucha por la vida* (compuesta por *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*), hasta sus obras más complejas y densas, como *César o nada* y *El árbol de la vida*, según constata el novelista Eduardo Mendoza.

Baroja tuvo, desde joven, notable presencia social gracias al mundo personal que plasma en sus obras y que

resultaba incisivo y provocador. No fue ajeno al contexto político que le tocó vivir, con la crisis de final del XIX, tras la pérdida de Cuba y Filipinas. Y como otros autores de la generación del 98 —etiqueta ideada por Azorín, y en la que él no se veía representado—, reaccionó con una actitud crítica frente a la situación nacional. Sin embargo, no estaba bien dotado para proponer alternativas que condujeran a un cambio regeneracionista. Su «pesimismo resignado» solo conducía en la práctica a una falta de compromiso político concreto, como señalaría posteriormente el escritor Luis Martín-Santos. Sus ideas quedan próximas al nihilismo existencial y mostraba querencia por el anarquismo no violento, seducido por la filosofía pesimista de Schopenhauer. Dado su inflexible individualismo, es difícil encontrar en su obra alternativas al caos del mundo, más allá de las apelaciones a la acción por la acción y el ideal del hombre sano y fuerte, lemas que aparecen reflejados en personajes suyos como Aviraneta o Manuel Alcázar, el héroe de *La lucha por la vida*.

Más importante que su pensamiento es la influencia que ejerce Baroja en la literatura española. El escritor vasco rompe con la retórica decimonónica, liquidando vicios y servidumbres de una narrativa acartonada, tanto en la forma como en la concepción del relato. Se le ha solido reprochar el desaliño de estilo cuando fue él quien dio la puntilla a la palabrería precedente, quedando su sequedad y concisión, la expresión espontánea y sencilla, abrupta y escueta, como patrimonio de la novela moderna española. Baroja aproxima la ficción a la vida: supedita el argumento a la sucesión azarosa de acontecimientos. Por eso, no

se ocupa de dar retratos acabados de los personajes, ni siquiera del protagonista, que aparecen como en tropel; y desfilan por el relato, entrando y saliendo con la misma celeridad con que nos encontramos y perdemos de vista a la gente en la vida. Con su técnica de sumar narración, ensayo, arte, biografía y diario, ha influido en el formato híbrido de la novela, tan de moda en nuestros días. La obra y el estilo de Baroja supusieron una revolución en la narrativa española y europea.

En los años 30 del siglo XX y en la posguerra Baroja escribió incansablemente y publicó las trilogías *La selva oscura* y *La juventud perdida*. También concluyó las veintidós entregas de la saga de Aviraneta, iniciada en 1913. Aportaban, sin embargo, escasa novedad temática y formal. Una vez rotos los esquemas y demostrada su inventiva innovadora, se convirtió en «un narrador previsible, reiterativo en sus expedientes estilísticos», indica Sanz Villanueva. No tienen el mismo nivel obras como *Las noches del Buen Retiro* que las primerizas *César o nada* o *El árbol de la ciencia*. Incluso las *Memorias de un hombre de acción* derivaban en historias desvertebradas e inconexas.

Baroja tuvo que exiliarse a Francia, tras ser amenazado por los requetés durante la Guerra Civil. A su regreso, se vio obligado a aceptar duras hipotecas para sobrevivir, porque estaba mal visto por el franquismo y estigmatizado por las autoridades eclesiásticas. Se vio forzado a colaborar en la prensa falangista; llegaron a manipular textos suyos y la censura vetó varias de las novelas que escribió y que han permanecido inéditas hasta tiempos recientes.

Para los principiantes de la literatura realista de los años 50, Baroja fue un referente que encarnaba la imagen de la libertad frente a las vejaciones de la dictadura. Y se le instrumentalizó, apunta Sanz Villanueva, con intención política, como demuestra el homenaje del Congreso de Escritores Jóvenes, al convertirlo en bandera generacional.

Baroja fue admirado por autores extranjeros como Hemingway (afirmó que merecía el Nobel más que él) y por las nuevas generaciones de escritores españoles como Cela, Delibes o Benet. Jesús Fernández Santos lo considera «uno de nuestros primeros novelistas de todo tiempo, por delante incluso de Galdós», y Manuel Cerezales lo sitúa en el podio de los narradores en lengua española, «después del Arcipreste de Hita y Cervantes». Más aún que estas alabanzas importa el papel que se le reconoce. Pío Baroja es, para Juan Goytisolo, el maestro que establece un puente con la tradición cercenada por la dictadura. **NR**

*Leer aquí el
artículo completo*

